

Ideología y política

Vuelve a hablarse mucho últimamente de la necesidad de un rearme ideológico por parte de las fuerzas políticas (especialmente de los grandes partidos nacionales). De acuerdo con dicho planteamiento, los vacíos ideológicos habrían provocado en unos, los conservadores, la pérdida de base activa, mientras que en otros, los de izquierdas, habrían dado lugar a una confusión ideológica que habría terminado por alimentar la desideologización y la desvertebración organizativa. En todo caso, en ambos ámbitos se habría reaccionado de manera similar: intentando recargar la mochila de ideas.

Sin embargo, una cosa es que los vacíos o las confusiones ideológicas hagan patente que no podemos vivir (y, sobre todo, actuar) sin ideas, valores y principios, y otra bien distinta que eso que ahora tiende a llamarse un tanto pomposamente, el rearme ideológico sea propiamente tal y, por lo tanto, sirva para aquello para lo que se necesita. No está claro que así sea. Si pensamos en la derecha, una aproximación, por ligera que sea, a lo que en las últimas semanas en España se ha presentado como su particular reideologización basta para constatar que aquello que se anunciaba de manera reiterada con la palabra en cuestión no ha pasado de ser una mera invocación a llevarla a cabo, ayuna del menor desarrollo teórico, y del más imprescindible bagaje de ideas y buenas maneras. Una invocación en la que los contenidos que permitirían visualizar, siquiera fuera mínimamente, el modelo de sociedad que los conservadores tienen en la cabeza se veían sustituidos por palabras-fetiché (vida, libertad, patria...) de carácter más emotivo-movilizador que descriptivo, cuando no por una sarta de insultos y descalificaciones agresivas con las que se intenta suplir la falta de proyectos y valores positivos –y asumibles– para el futuro.

Aunque, del otro lado, tampoco en la izquierda la cosa está como para lanzar las campanas al vuelo. En ciertos ámbitos se diría que se ha sustituido el antiguo horizonte socialdemócrata, con todas sus raíces sociológicas bien precisas, por un patchwork de inspiración progresista que intenta dar satisfacción a los diversos y heterogéneos sectores

sociales más receptivos a sumarse a un proyecto político reformador. Y así, a la hora de describir los rasgos definitorios de la propuesta, se suelen lanzar una serie de guiños para que ninguno de los presuntos *nuestros* se pueda considerar excluido. De tal manera que se diría que ser socialdemócrata en nuestros días ha pasado a resultar la suma de ser (o considerarse, que tanto da a los presentes efectos) ecologista, feminista, europeísta, modernizador, alguna determinación más... y comprometido socialmente. Esta última expresión, ciertamente genérica, sería todo lo que quedaría de la vieja aspiración a la redistribución como forma de acabar con las desigualdades, en tanto que característica central de la socialdemocracia.

Obviamente, todas estas consideraciones, así como otras de parecido tenor, resultan más pertinentes en general. Y, sobre todo, suponen claros avances sobre sus contrarias. ¿Quién de entre nosotros no considera deseable, por ejemplo, una sociedad paritaria, abierta, comprometida e intergeneracional? Pero hay que desconfiar, por principio, de la utilidad práctica de aquellas afirmaciones que obtienen un respaldo casi unánime y a las que nadie se atreve a oponerse. Y si antes convenimos que la cuestión no es la invocación de la necesidad del rearme ideológico, cosa en la que parece haber una coincidencia abrumadora, sino el contenido del mismo, habría que concluir que si consideramos deseable una sociedad con las cualidades mencionadas es porque entendemos que es susceptible de ser transformada. Sin embargo, es el signo concreto de esa transformación lo que cuesta más definir con precisión.

Se impone, pues, como se analiza en las páginas de este número de Temas, abordar la cuestión sin eludir ni ocultar su complejidad. Porque si no somos capaces de contextualizar adecuadamente los estupores y perplejidades en los que nos encontramos sumidos actualmente, no podremos encontrar la salida, ni dar con las propuestas prácticas que permitan deshacer el nudo gordiano de nuestras incertidumbres. Podría decirse, en ese sentido, que

los textos recogidos aquí se dividen en dos grupos, el de los que plantean una reflexión acerca de cómo entender hoy eso que llamamos ideología, así como el hipotético fundamento de la misma (en este grupo entrarían las colaboraciones de Adela Cortina, Alessandro Ferrara, Manuel Monereo y la mía propia), y el de los que plantean propuestas ideológicas concretas y definidas (aquí se contarían las aportaciones de Soledad Murillo, Cristina Narbona y José Félix Tezanos).

Lo que podamos entender hoy por ideología no es una cuestión académica abstracta, sin repercusión político-práctica alguna. Por el contrario, buena parte de los desaciertos cometidos en el pasado por la izquierda se derivan de errores en este plano.

Importa resaltar la íntima conexión entre ambas dimensiones. Lo que podamos entender hoy por ideología no es una cuestión académica abstracta, sin repercusión político-práctica alguna. Al contrario. Incluso podríamos llegar a sostener que buena parte de los errores cometidos en el pasado por la izquierda se derivan de errores cometidos en este plano. El reproche de dogmatismo que reiteradamente aquella ha recibido se deriva del hecho de que en muchas ocasiones el convencimiento de que "ideología" significaba "error social organizado" (o "conciencia falsa o engañosa") llevaba a arrojar en brazos de un presunto conocimiento científico de la sociedad y de la historia, y como base y sustento de la acción política reformadora, ámbito en el que presuntamente residiría la única verdad.

Esta concepción de la ideología ya no es hoy la más generalizada, sino que tendemos a utilizar el término para referirnos más bien a una visión global del mundo, un esquema-marco de ideas en el que vamos situando nuestras diferentes interpretaciones, explicaciones, análisis de problemas y convencimientos, con el objeto de poder atribuir un sentido a cuanto nos va pasando y a cuanto vamos pensando y proponiendo. En todo caso, a diferencia de la acepción anterior, no solo cabría hablar de que en sociedades plurales pueden coexistir diferentes ideologías o concepciones del mundo, sino que, lo más importante, una vez que

renunciamos a la idea de contraponer a la "ideología", definida como *falsa*, alguna forma de conciencia sociopolítica científica (materialismo histórico u otra) caracterizada esencialmente por su pretensión de verdad, parecería que nos quedamos sin un criterio para decidir entre visiones del mundo contrapuestas que deberíamos, o podríamos, seguir en caso de conflicto entre ellas.

Ahora bien, asumir la inexistencia de un criterio científico para decidir entre diferentes ideologías no implica arrojarse en brazos de un relativismo irrestricto. La ciencia no tiene por qué ser el único criterio ni tal vez siquiera el último. De hecho, los artículos abiertamente propositivos que el lector podrá encontrar a continuación parten de ese principio. Que es por lo demás el criterio que solemos utilizar con mayor frecuencia en nuestra vida cotidiana. De hecho, tanto frente a los problemas personales como a los colectivos tomamos decisiones sirviéndonos de criterios prácticos de tipo ético, político, de necesidad, de oportunidad o semejante, y solo en contadas ocasiones nos preguntamos qué diría un científico respecto a lo que hemos decidido o lo que pretendemos hacer.

Las propuestas aquí ofrecidas constituyen apenas un muestrario del tipo de respuestas que hoy en día se proporcionan frente a las incitaciones y a las dificultades que nos plantea un mundo de crecientes dificultades. Pero nunca hemos pretendido —entre otras razones porque el espacio disponible en *Temas* no lo permite— llevar a cabo un listado exhaustivo ni de los problemas ni de las soluciones, ni de las necesidades, sino un dibujo a grandes trazos —pero, eso sí, fiel— de la situación en la que vivimos. Lo que significa, entre otras cosas, que quien eche en falta en lo que sigue referencias a la irrupción en el debate actual de la ideología nacionalista, el auge y declive de los valores postmaterialistas (Ronald Inglehart, dixit), o una perspectiva de clase más tradicional u otros puntos de vista, es posible que lleve razón en su añoranza. Pero bienvenida sea la insuficiencia si lo efectivamente planteado aquí cumple la función de ayudar a orientarnos en la oscura confusión de nuestro presente o a suscitar la necesidad de orientaciones y de claves interpretativas críticas, que puedan mejorar y dar mayor sentido, propósito y horizontes a las políticas concretas que se están llevando a cabo, o que deberían llevarse a cabo. **TEMAS**